

—Señor mío Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno.

Imprimiéronseme estas razones en el corazón. Murió el pobre mozo; enterrámosle muy pobremente por ser forastero, y quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz; llegó á oídos de don Alonso Coronel, y como no tenía otro hijo, desengañosé de las crueldades de Cabra, y comenzó á dar más crédito á las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos á tan miserable estado. Vino á sacarnos del pupilaje, y teniéndonos delante nos preguntaba por nosotros; y tales nos vió, que sin aguardar más, trató muy mal de palabras al licenciado Vigilia. Mandónos llevar en dos sillas á casa; despedímonos de los compañeros que nos seguían con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel, viendo venir rescatados sus compañeros.

CAPITULO IV

De la convalecencia é ida á estudiar á Alcalá de Henares

ENTRAMOS en casa de don Alonso, y echáronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los huesos de puro roídos del hambre. Trajeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara; y á mí, como había sido mi trabajo mayor, y la hambre imperial (al fin me trataban como á criado), en buen rato no me los hallaron. Trajeron médicos, y mandaron que nos limpiasen con zorros el polvo de las bocas como retablos, y bien lo éramos de duelos. Ordenaron que nos diesen sustancias y pistos. ¡Quién podrá contar á la primera almendradora, y á la primera ave las luminarias que pusieron las tripas de contento? Todo les hacía novedad. Mandaron los doctores que por nueve días no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque como estaban huecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquier palabra. Con estas y otras prevenciones comenzaron á volver y cobrar algún aliento; pero nunca podían las quijadas desdoblarse, que estaban negras y alforzadas; y así se dió orden que cada día nos las ahormasen con la mano de un almirez. Levantámonos á hacer pinicos dentro de cuatro días, y

aún parecíamos sombras de otros hombres, y en lo amarillo y flaco, simiente de los padres del yermo. Todo el día gastábamos en dar gracias á Dios por habernos rescatado de la cautividad del fierísimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningún cristiano cayese en sus crueles manos. Si acaso comiendo alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba el hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel día. Solíamos contar á don Alonso cómo al sentarse á la mesa nos decía males de la gula (no habiéndola él conocido en toda su vida); y reíase mucho cuando le contábamos que en el mandamiento de no matarás, metía perdices y capones y todas las cosas que no quería darnos; y por el consiguiente la hambre, pues parecía que tenía por pecado no sólo el matarla, sino el criarla, según recataba el comer. Pasáronsenos tres meses en esto, y al cabo trató don Alonso de enviar á su hijo á Alcalá á estudiar lo que le faltaba de gramática. Dijome á mí si quería ir; y yo, que no deseaba otra cosa sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofreci de servir á su hijo como vería. Y con esto dióle un criado para mayordomo, que le gobernase la casa, y le tuviese cuenta del dinero del gasto que nos daba, remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julián Merluza. Pusimos el hato en el carro de un Diego Monje; era media camita y otra de cordeles con ruedas, para meterla debajo de otra mía y del mayordomo, que se llamaba Aranda: cinco colchones y ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca y las demás zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche; salimos á la tardecita, antes de anochecer una hora, y llegamos á la media noche á la siempre maldita venta de Viveros; el ventero era morisco y ladrón, y en mi vida vi perro y gato juntos con la paz de aquel día; hizonos gran fiesta, y como él y los ministros del carretero iban horros (que ya habían llegado también con el hato antes, porque nosotros veníamos despacio), pegóse al

coche, dióme á mí la mano para salir del estribo, y dijome si iba á estudiar. Yo le respondí que sí. Metióme adentro donde estaban dos rufianes con unas mujercillas y un cura rezando al olor, un viejo mercader y avariento, procurando olvidarse de cenar, y dos estudiantes fregonos de los de mantellina, buscando trazas para engullir. Mi amo, pues, como más nuevo en venta y muchacho, dijo:

—Señor huésped, déme de lo que hubiere para mí y dos criados.

—Todos lo somos de vuesa merced, —dijeron al punto los rufianes,—y le hemos de servir. Hola, huésped, mirad que este caballero os agradecerá lo que hiciéredes; vaciad la despensa.

Y diciendo esto, llegóse uno y quitóle la capa, diciendo:

—Descanse vuesa merced, mi señor.

Y púsola en un poyo.

Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la ventana.

Dijo una de las ninfas:

—¡Qué buen talle de caballero! ¿Y va á estudiar? ¿Es vuesa merced su criado?

Yo respondí, creyendo que era así como lo decían, que yo y el otro lo éramos. Preguntáronme su nombre, y no bien lo dije, cuando uno de los estudiantes se llegó á él medio llorando, y dándole un abrazo apretadísimo, dijo:

—¡Oh mi señor don Diego, quién me dijera á mí ahora diez años que había de ver á vuesa merced de esa manera! ¡Desdichado de mí, que estoy tal que no me conocerá vuesa merced!

Él se quedó admirado y yo también, que juramos entrambos no haberle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando á don Diego á la cara, y dijo á su amigo:

—¿Es este señor de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas? ¡Gran dicha ha sido nuestra encontrarle y conocerle, según está de grande! Dios le guarde.

Y empezó á santiguarse. (¿Quién no creyera que se ha-

bían criado con nosotros?) Don Diego se le ofreció mucho; y preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles, y oliendo la estafa, dijo:

—Dejen eso, que después de cenar se hablará, que se enfria.

Llegó un rufián y puso asientos para todos y una silla para don Diego, y el otro trajo un plato. Los estudiantes dijeron:

—Cene vuesa merced, que entretanto que á nosotros nos aderezan lo que hubiere, le serviremos á la mesa.

—¡Jesús! —dijo don Diego— vuestas mercedes se sienten, si son servidos.

Y á esto respondieron los rufianes (no hablando con ellos):

—Luégo, mi señor, que aún no está todo á punto.

Yo cuando vi á los unos convidados y á los otros que se convidaban, afligíme y temí lo que sucedió, porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando á mi amo, dijeron:

—No es esa razón que donde está un caballero tan principal, se queden estas damas por comer. Mande vuesa merced que alcancen un bocado.

Él, haciendo del galán, convidólas; sentáronse y entre los dos estudiantes y ellas no dejaron en cuatro bocados sino un cogollo, el cual se comió don Diego; y al dársele aquel maldito estudiante, le dijo:

—Un abuelo tuvo vuesa merced, tío de mi padre, que en viendo lechugas se desmayaba: ¡qué hombre era tan cabal!

Y diciendo esto, se puso un panecillo y el otro otro. Pues las ninfas ya daban cuenta de un pan, y el que más comía era el cura con el mirar sólo. Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado, dos lonjas de tocino y un par de palominos cocidos, y dijeron:

—Pues padre, ¿ahí se está? Llegue y alcance, que mi señor don Diego nos hace merced á todos.

No bien se lo dijeron, cuando se sentó; y cuando vió mi amo que todos se le habían encajado, comenzóse á afligir. Repartiéronlo todo, y al don Diego dieron no sé qué huesos y alones; lo demás engulleron el cura y los otros. Decían los rufianes:

—No cene mucho, señor, que le hará mal.

Y replicaba el maldito estudiante:

—Y más que es menester hacerse á comer poco para la vida de Alcalá.

Yo y el otro criado estábamos rogando á Dios que les pusiese en el corazón que dejasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo y que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió el rufián y dijo:

—¡Oh pecador de mí! no habemos dejado nada á los criados. Vengan aquí vuestas mercedes. Há, seor huésped, déles todo lo que hubiere; ve aquí un doblón.

Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo (digo el escolar) y dijo:

—Aunque vuesa merced me perdone, señor hidalgo, debe saber poco de cortesía: ¿conoce por dicha á mi señor primo? Él dará á sus criados, y aun á los nuestros, si los tuviéramos, como nos ha dado á nosotros. No se enoje vuesa merced, que no le conocía.

Maldiciones le eché cuando vi tan gran disimulación, que no pensé acabar. Levantaron las mesas, y todos dijeron á don Diego que se acostase; él quería pagar la cena, y replicáronle que á la mañana habría lugar. Estuviéronse un rato parlando, y preguntóle su nombre al estudiante, y le dijo que se llamaba don Carlos Coronel. En malos infiernos arda el embustero, en donde quiera que esté. Vió que dormía el avariento, y dijo:

—¿Vuesa merced quiere reir? Pues hagamos alguna burla á este viejo, que no ha comido sino un pero en todo el camino, y es riquísimo.

Los rufianes dijeron:

—Bien haya el licenciado; hágalo, que es razón.

Con esto se llegó, y sacó al pobre viejo, que dormía, debajo de los piés unas alforjas, y desenvolviéndolas halló una caja, y como si fuera de guerra, hizo gente. Llegáronse todos, y abriéndola, vió que era de alcorzas. Sacó todas cuantas había, y en su lugar puso piedras, palos, y lo que halló; luégo se proveyó sobre lo dicho, y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones; cerró la caja, y dijo:

—Pues aún no basta, que bota tiene.

Sacóle el vino, y defundando una almohada de nuestro coche, después de haber echado un poco de vino debajo, se la llenó de lana y estopa, y la cerró. Con esto se fueron todos á acostar para una hora ó media que quedaba, y el estudiante lo puso todo en las alforjas, y en la capilla del gabán echó una gran piedra, y fué á dormir. Llegó la hora del caminar, despertaron todos, y el viejo todavía dormía; llamáronle, y al levantarse no podía levantar la capilla del gabán; miró lo que era, y el ventero adrede le riñó, diciendo:

—Cuerpo de Dios: ¿no halló otra cosa que llevarse, padre, sino esa piedra? ¿Qué les parece á vuestas mercedes si yo no le hubiera visto? Cosa que estimo en más de cien ducados, porque es contra el dolor de estómago.

Juraba y perjuraba, diciendo que él no había metido tal en la capilla. Los rufianes hicieron la cuenta, y vino á montar sesenta reales, que no entendiera Juan de Léganos la suma. Decían los estudiantes:

—¡Cómo hemos de servir á vuesa merced en Alcalá!

Quedamos ajustados en el gasto; almorzamos un bocado, y el viejo tomó sus alforjas, y porque no viésemos lo que sacaba y no partir con nadie, desatólas á oscuras debajo del gabán, y agarrando un yesón untado, echóselo en la boca y fué á hincarle una muela y medio diente que tenía, y por poco los perdiera. Comenzó á escupir y hacer gestos de asco y de dolor. Llegamos todos á él, y el cura el primero, diciéndole que qué tenía. Comenzóse á ofrecer

á Satanás, dejó caer las alforjas, llegóse á él el estudiante, y dijo:

—Arredro vayas, Satán: cata la cruz.

Otro abrió un breviario, y hicieronle creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dijo lo que era y pidió le dejasen enjuagar la boca con un poco de vino que él traía en la bota. Dejáronle, y sacándola abrióla; y abocando en un vasito un poco de vino, salió con lana y estopa un vino salvaje, tan barbado y velloso, que no se podía beber ni colar. Entonces acabó de perder la paciencia el viejo; pero viendo las descompuestas carcajadas de risa, tuvo por bien de callar y subir en el carro con los rufianes y mujeres. Los estudiantes y el cura se ensartaron en un borrico, y nosotros nos pusimos en el coche; y aún no bien había comenzado á caminar, cuando los unos y los otros nos comenzaron á dar vaya, declarando la burla. El ventero decía:

—Señor nuevo, á pocas estrenas como ésta, envejecerá.

El cura decía:

—Sacerdote soy, allá se lo diré de misas.

Y el estudiante maldito voceaba:

—Señor primo, otra vez rásquese cuando le coma y no después.

El otro decía:

—Sarna dé á vuesa merced, señor don Diego.

Nosotros dimos en no hacer caso. Dios sabe cuán corridos íbamos. Con estas y otras cosas llegamos á la villa; apeámonos en un mesón, y en todo el día (que llegamos á las nueve) acabamos de contar la cena pasada, y nunca pudimos sacar en limpio el gasto.